

Divagaciones acerca * de mis Soledades

JORGE ROJAS**

Antes de perderme en mis divagaciones, a manera de introito debo decir dos cosas. Primera: he querido que este tercer tomo de mis *Soledades* llevara la misma dedicatoria que el primero "A mis compañeros de Piedra y Cielo" como para corroborar melancólicamente el título, pues si ahora fuera a llamar a lista al decir "Tomás, Antonio, Aurelio Arturo, Darío, Eduardo, nadie me respondería. Todos están muertos en olor de poesía. Sólo quedamos Carlos, al otro lado de la mar oceánica y Gerardo el auténtico y discreto poeta que sin pausa ni mengua cumple su lírica tarea y quien como amigo de todas las horas en los últimos cincuenta años hoy me dispensa la unción de que sus palabras me reciban.

Y Segunda: También he puesto especial cuidado en repetir en esta edición la sencillez de los anteriores volúmenes; hechos por el recordado Clemente Airó, a pesar de la munificencia que para esta publicación me ha otorgado la Universidad Central por iniciativa de su Rector el Doctor Jorge Enrique Molina. Dejo en este acto constancia emocionada de mi reconocimiento.

-
- * Discurso de Jorge Rojas para ingresar como miembro de número de la Academia Colombiana.
 - ** Escritor y poeta colombiano, exdirector de Extensión Cultural y Bellas Artes, primer director del Instituto Colombiano de Cultura, Colcultura, Premio Nacional de poesía otorgado por la Academia Colombiana a su libro *Soledades II* en 1965, miembro de número de la Academia Colombiana.

Cuando se nos escapa, como el agua de entre los dedos, la vida y sus deleznablez dones, debemos hacer un alto y mirar no a lo lejos, sino aquí, hacia dentro, donde el alma alumbra y acompaña. Y con su asistencia y consejo nos hemos puesto en el trajín de aclarar recuerdos, fijar testimonios, cumplir entrañables mandatos, dejar la mesa de trabajo y los legajos de la conciencia, limpios como el cristal donde quisiéramos ver nuestra imagen.

Hace muchos años, prometí mi palabra y no la había cumplido, de recibirme para ocupar una silla en este sagrado recinto del Idioma. Ahora no sé si seré el mismo, y llego con la sortija del compromiso empañada por el atardecer, después de haber cantado al Crucifijado y a la doncella sin manchas, a la Patria, al árbol, al agua, a los exultantes gozos, a la íntima ternura, al desatado amor, en airozos emistiquios y castigadas rimas. Llego con inmarchitable acento de siempre templado en los más profundos hontanares de la sangre. Ya estoy de regreso de un largo y arduo ejercicio de la vida que siempre he asumido, con infinito amor, viril estoicismo, acendrada pureza y abnegada generosidad como ya quedó escrito en algunos de mis libros:

*"Y le ofrezco al amor haber tenido
un transparente corazón de agua
y haberlo dado pródigo en mis manos
a la sed de los otros y dejado
solo a mi sed la piedra de su cauce".*

Cuando hace años me fue comunicado por los doctores José Manuel Rivas Sacconi, Joaquín Piñeros Corpas y José Antonio León Rey, que acababa de ser nombrado Académico de Número, después de muchas razones y sinrazones, para qué negarlo, con poca vanidad pero mucho temor, con la evidente enumeración de todo cuanto yo no era ni pretendía ser, acepté, repito, con el humilde reconocimiento de mis limitaciones, pero eso sí, con el orgullo marchitable de no ser más que poeta. Presea invaluable ha sido para mí el que esta Academia me hubiese otorgado el premio Nacional de Poesía en el año de 1965 por mi libro *Soledades II*.

Siempre he creído que desde el lejano día de mi nacimiento fui señalado por Dios y sus hermosos ángeles para descifrar enigmas con el claro sortilegio de simples palabras. Así quedó plasmado en ese soneto que escribí al cumplir los 50 años y que titulé:

"SOBRE EL DIVINO LLAMADO DE LA POESIA"

*Escrueto en el cristal de lo soñado;
en los pozos del ser; en la tranquila
visión que robó el alma a la pupila
por saber en qué instante fui llamado.*

*Siento temblar un ángel a mi lado
mientras la voz del agua se perfila
como flauta sagrada que destila
la predestinación en mi costado.
La soledad encierra mi ternura
y el verbo y los sentidos están presos
entre la pequeñez de la criatura.*

*Y entonces a los ámbitos ilesos
de mi oquedad, desciende de su altura
Dios a infundir su silbo entre mis huesos.*

¿Por qué no decir ahora, una Trédecima escrita veinte años después sobre el mismo tema del ineludible destino del poeta? se titula "Al oído de la poesía".

*Como sumando gotas, una a una,
desde mi antigua sangre hasta mi muerte,
mides mi fondo, escalas mis alturas.*

*Conoces cuanto pasa por mi frente:
el laurel y el olvido y los recuerdos
y el amor que me cura y que me hiere*

*Soy de tu paraíso y tus infiernos
el alma preferida, en tí me salvo
a cada instante y vuelvo y me condeno.*

*Entre las soledades, nos hallamos
y en el mayor silencio, tu palabra
ordena el movimiento de mis actos
para ser el amado y el que ama.*

Cuando le refería al Ilustre Director de la Academia Don Eduardo Guzmán Sponda las peripecias sufridas por mi discurso una vez, y otra, por un poema como dote lírica para entrar formalmente de individuo de Número a esta excelsa institución, me dijo regocijado, cuéntenos todo ésto que no necesita más para su recepción. Con todo yo he reservado ese cuento para mis memorias y en cambio les voy a relatar otro, tal vez más largo, pero que revive rostros y encadena sutilmente hechos que vienen muy bien como un fresco más en este recinto, pero pintado sobre el fugitivo muro del tiempo.

Como a mí siempre me acompañan, tal vez para no dejarme concentrar, las asociaciones tanto de ideas como de imágenes, no se me hace raro que además en los episodios de la vida, igual que en un teatro de marionetas se crucen los hilos no para enredarse sino para producir danzas y encuentros inesperados que me dejan tembloroso por la inusitada arquitectura de la sorpresa. Voy a referir algunos hechos aislados por años, pero que todos convergen a esto que Pedro Salinas llamó no se si con idéntica intención "Seguro azar".

Hace cincuenta años largos, yo que por lo general fui un mal estudiante, tuve la fortuna de obtener las más altas calificaciones de mi curso en dos materias, Civil e Instrumentos Negociables, ésta última dictada por un joven profesor, casi imberbe, gallardo de porte, atildado en el vestir que a mi se me antojaba como un San Luis Gonzaga vestido en Londres.

Pocos meses después en Junio de 1938 llegué por primera vez a Manizales y allí fue rodeado por el fervoroso círculo de la inteligencia de esa brillante ciudad. Una noche, en el hotel Escorial, invitado por un joven médico que en las manos y en las palabras denunciaba una exquisita conformación espiritual, además de finísimo poeta y de cautivarme con su manera de leer mis poemas, me presentó a la mujer que era el trasunto de mis sueños y que cinco años más tarde sería mi esposa.

Mucho antes, cuando yo tenía ocho años, era el Tesorero de la Congregación de los Doce Apóstoles en San Bartolomé y cada centavo que escatimaba al regodeo de las golosinas iba a dar a la alcancía, y cuanta estampilla postal y papel de estaño atesoraba, era con el propósito de rescatar chinitos de la china, en tanto yo fuera grande y pudiera ir a los mares amarillos en misioneras

odiseas. De modo que cuando en nombre de un chino de verdad, el doctor Jimy Yen me llamaron al movimiento de reconstrucción rural, me creí en camino de cumplir mi sueño infantil y así en fervorosa confianza se lo confiaba al jovial tesorero de este movimiento, que tal vez por el cargo, era como si nos hubiéramos conocido en otras vidas.

Luego sería por una delegación presidencial, como testigo de la pulcritud de unas elecciones, cuando tendrí de compañero al más ameno conversador y más serio y justo en sus decisiones que la fortuna me hubiese deparado.

¿Acaso ya se me están enredando los hilos? Vamos a ver: La silla que me correspondía era la silla Ch que acababa de ser otorgada al doctor Jesús María Yepes quien desgraciadamente moría sin haberse posesionado y cuyas virtudes quedaron exhaltadas en esta proposición que a la letra dice: "La Academia Colombiana deplora con profundo sentimiento la muerte de su distinguido miembro numerario, electo, doctor don Jesús María Yepes, que mostró en la Corporación sus cualidades de selecto escritor y el acierto con que supo siempre colaborar con este Instituto en la tarea de mantener la pureza y el prestigio del idioma, como lo hizo también en su calidad de autorizado internacionalista al representar a Colombia en altos cargos diplomáticos y en asambleas de carácter internacional". De modo que al morir el doctor Yepes sin haberse posesionado yo iba a ocupar la silla que fue la del anterior, sí posesionado y era nada menos que el doctor Emilio Robledo Correa, noble varón de múltiples sabidurías cuya voz para mengua de mi acervo intelectual nunca escuché, pero cuyos brazos, misteriosamente, desde años atrás ya venían estrechándome hasta colocarme en su silla ¡Cómo! ¡Por qué! Aquellos 4 personajes inolvidables que ya nombré, imborrables, a pesar de la corriente de la vida, eran sus hijos: Emilio Robledo Uribe, mi profesor de Instrumentos Negociables. Jaime el Médico y fino poeta que me presentó a María. Diego mi compañero de movimiento de reconstrucción rural y Fabio mi seguro guía en la misión presidencial. Lenta y entrañablemente, como navegando por una arteria de simpatía y afecto estaba llegando yo al inmenso corazón del doctor Robledo.

La órbita intelectual del doctor Emilio Robledo, podría ser el marco de un medallón, que es difícil cincelar y aquí ha quedado, para honra de la patria y laurel de esta Academia. Humanista, no sólo por la asistencia al hombre en la totalidad de su compuesto de al-

ma y cuerpo. Por sensibilidad y doctrina, inclinado a la dispensa del bien común, ética excelsa de todo buen ciudadano.

Como la sabiduría es una meta inalcanzable como la felicidad, el que se empeña en conquistarla, siempre está desvelado en la búsqueda razonada de Dios, del mundo y del hombre, suma universal del conocimiento y el doctor Robledo pertenecía a esos ávidos de saber y así ahondó en variadas disciplinas de las artes y de las ciencias: la medicina, la poesía, la antropología, la arqueología, y las lenguas aborígenes. Enamorado de las palabras las buscó y rebuscó en el habla popular como lo pregonaran Juan de Valdés y formó invaluable lexicografías del pueblo antioqueño y caldense. A propósito de dos de sus obras las historias de la medicina y de la universidad, ambas de Antioquia, los cita don Marco Fidel Suárez en el laberinto onírico del sueño de Colón.

Siempre en vida quiso proyectar su espíritu y sus conocimientos desde la eminencia de la cátedra y para seguir aleccionando después de su tránsito terrestre a las juventudes, no quiso que su copiosa biblioteca se fuera disgregando y acabara en ferias y toldas y así por su voluntad la puso a buen recaudo en colegios y universidades que él amó y regentó.

Pero más que libros alineados en las estanterías nos seduce las almas de los hombres que dejó formados en la vida para ayuda del prójimo, porque el hombre como decía Séneca: "Es la cosa más sagrada para el hombre".

Ahora, excelente y excelentísimo señor Director, aquí están mis *Soledades III* que acaban de aparecer. Ahí están las hojas cándidas aun con el estremecimiento de la reciente entrega al poema.

Como le había anunciado de viva voz y tal vez faltando, no de manera grave al protocolo, que no haría propiamente un discurso, sino que para abundar en las razones que expuse, cuando con engreído sometimiento al fin acepté ser miembro de esta novilísima Academia: la circunstancia de no ser más que poeta, me aconsejaba y me imponía el presentar solamente este tercer Tomo de *Soledades* para optar por mi puesto a la silla que como honra inmerecida me fue asignada y que iba a soportar más mi peso material que mis atributos intelectuales.

Sin embargo al tener este libro entre mis manos han aflorado un

sin número de emociones de soterrados afectos, de revelaciones quizás, que al encontrar las palabras que los identifiquen y sitúen han ido enseñoreándose por posesión de estas páginas que con todo y sus implícitos eslabones sólo me atreví a titular: "DIVAGACIONES alrededor de mis Soledades".

Ustedes me preguntarán por qué soledades: ¡Homenaje a Góngora! ¡A Lope! ¡A Machado!. Por no citar los mil poetas afectados de soledad que deben vagar por la poesía de la lengua española.

Yo mismo tengo curiosidad por saber, desde cuándo mi poesía se empezó a transir de soledad, cuando como un cuerpo poroso fue llenando sus celdillas o cavidades de ese sentimiento que unas veces es una inmensa extensión donde ni siquiera se hacen presentes los términos, otras cuando es el silencio que nos cobija, o cuando estamos en medio de la multitud y del bullicio, y dentro de nosotros vuelan cenizas y alzamos los ojos al cielo y no tenemos ni campanarios, ni fechas, ni oración para llegar a lo anclado infinito.

Ha sido como si fuera ajeno a mi obra que me he impuesto estratificar la masa de las estrofas, tras la pesquisa de la grieta por donde empieza a filtrarse la soledad en mi poesía. Y encuentro que en mi primer libro *La Forma de su Huida* aparece, formado por la conjunción del inmenso escenario de los llanos y la desolación sin linderos de un amor perdido, un poema que se llama "Grito en la Soledad". Y en el total examen de este breviario de amor encuentro tres veces la palabra soledad. Y en tanto en otro que es como un tenaz diario de pasión la nombro cinco veces y queda en las páginas de estos dos libros, como en un sendero abandonado, la huída planta de la mujer camino de su destrucción o de su éxodo.

De modo que verificada la edición de las veces en que aparece la palabra soledad en mis libros, me da un resultado de 44 encontrada en la "*Ciudad sumergida*", "*Rosa de Agua*", "*Soledades I*", "*Soledades II*", "*Memoria de los Días Insólitos*", "*La Rosa y el Laurel*", "*Odas y Elegías de Quiba*", "*Cárcel de Amor*" y las tredecimas de "*Fue mi Corazón*" todo esto en 50 años de mi obra poética.

Cuando yo creía que este último libro que presentamos hoy estaría lacerado de soledad hasta sus tuétanos, por ser una larga elegía a mí mismo y a cuanto me rodea no aparece sino 4 veces. Seguramente se ha ido diluyendo entre el silencio, el frío, la oscuridad,

que son otros accidentes que socaban los sentidos y destilan sus ácidos en la declinación del ánimo y del cuerpo.

Ya en este plan de búsqueda debo recordar que yo nací en Santa Rosa de Viterbo pero como en mi primera infancia no pude conocer sus patios, ni su plaza, ni sus aleros y balcones pues fui trasplantado a esta otra altiplanicie de Santa Fe de Bogotá cuando apenas contaba año y medio, mi Villa natal fue acentando su acta republicana, su contorno andino, su prestigio letrado en mi alma a fuerza de consejas y evocaciones escuchadas en el hogar. Y así fue como su lindo nombre y geografía fue consolidándose dentro de mí casi como un ente de razón.

Sólo su imagen real pero como rielando entre los espejismos de un sueño aparece por primera vez en mi poesía, y signada de soledad entre las ciudades de mi afecto que la señalo a Pablo Neruda en estos cuatro versos:

*"Y mi ciudad lejana, de brumas, Santa Rosa
de Viterbo donde alza el silencio su hostia
y está la soledad apretada en su ámbito
como una multitud delante de un ahorcado.*

Sin embargo ya en el ocaso de mis Iluminaciones, en un poema escrito hace seis años, pero inédito hasta ahora, hay mucho de la visión que me dieron de niño. Y cosa extraña, en ese amanecer de la muerte de mi madre cuando la desolación y la soledad me encierran con su aire enrarecido de campana neumática, la palabra soledad no aparece ni una sola vez en ese largo poema.

¿Y cómo pasar por alto que en algunos espacios de mi poesía, hay una manzana de soledad, que suelo ver casi obsesivamente? Es como una obra pictórica que será inútil buscar, en las galerías reales o imaginarias, donde sin duda figuraría inconocible, entre los abigarrados empastes y pinceladas de las naturalezas muertas. Pero no, ésta que yo veo nadie la pintará porque debe ser la manzana del paraíso, que ha quedado maldita, como una pulpa de desolación, desamparo o más bien de esperanza, casi un hito teológico en la vastedad del universo esperando la redención.

También tengo fija la presencia de un árbol, señero y enhiesto, no como residuo de la destrucción ecológica, sino como presencia patética, de un ser erguido en medio de nada y nadie. Es el mismo

que está en el "Cuerpo de la Patria" cuando le nombro a Pablo Neruda las gracias de la amada y termino así:

*Ella integra la patria: vecina de la rosa,
la lluvia, el árbol solo, el verilo y la espuma.*

Por concreta que sea la representación que tenga de la soledad más allá de los conceptos que la definen y explican, hay algo inaprehensible, misterioso, que nos circunda con amor y nostalgia y nos embriaga como un suavísimo licor alquitarado con lágrimas.

Así como Rilke afirmaba que cada uno lleva dentro de sí su propia muerte yo creo que cada hombre encierra su propia soledad. Artificial sería vivir la de Petrarca inmiscuirse en las soledades de Góngora, padecer la soledad de los estóicos, de los místicos, alumbrados y quietistas.

No podría admitir la soledad como manera de vivir, aislado en una gruta o en un cenobio, sino como una atmósfera subjetiva, casi respirable, cuando añoramos el rostro que amamos, el instante fugado en otro instante, o el sueño de beatitud que nos desligara de todo apego o ambición. Lo que perdemos, a veces nos liberta y a veces nos agobia. La soledad puede doler como una herida o curar como un bálsamo.

No solo el transcurso propio, sino la edad que vemos destruir las presencias que nos rodean, así sean los rostros o los muros gastados, engendran soledad, como para decir con Rodrigo Caro:

*Estos, Fabio, ay dolor que ves ahora
campos de soledad, mustio collado
fueron un tiempo Itálica famosa.*

En esta búsqueda más de evidencias que de definiciones encuentro en mi poesía el continuo temor por el paso del tiempo. El transcurso signa de caducidad todo cuanto me rodea. Seguramente todo esto quedó enumerado en aquel soneto, el tercero de los tres llamados Sentimentales, dedicados al venerado polígrafo don Antonio Gómez Restrepo cuyo espíritu es piedra sillar de esta Academia, en agradecimiento a un consagratorio juicio sobre mi obra aparecido en algún periódico de esta ciudad. El Soneto Soledad dice así:

*Siempre la soledad está presente
donde estuvo la voz o fue la rosa,
en todo lo de ayer su pie se posa
y le ciñe su sombra dulcemente.*

*El recuerdo que está bajo la frente
tuvo presencia. Fuente rumorosa
fue su paso en la tierra, cada cosa
lleva su soledad tras su corriente.*

*Es soledad la miel que dora el seno
y soledad la boca que conoce
su entregado sabor de fruto pleno.*

*Cada instante que pasa, cada rose
del bien apetecido queda lleno
de soledad al tránsito del goce .*

Seguramente la soledad ha quedado en mi obra como la arista de más relieve al lado de los adyacentes planos que son parte de su armadura y vocabulario: como su flotante unanimismo, sus nieblas del duerme-vela y la permanente relación del amor y la muerte. Porque el poeta está hecho para que todas las hermosas, ocultas y tremendas cosas del universo pasen por el tamiz de su alma. Pues como decía Dámaso Alonso: "La poesía es un fervor, una claridad. Un fervor, un deseo íntimo y fuerte de unión con la gran entraña del mundo y su causa primera. Y una claridad por la que el mundo mismo es comprendido de un modo intenso y no usual.

"Este fervor procede del fondo más oscuro de nuestra existencia. El impulso poético, por su origen y su dirección, no está muy lejano del religioso y del erótico, con ellos se asocia frecuentemente".

Después de todo esto, vengo a verificar que soy un poeta romántico —como cualquier simbolista, surrealista o dadaísta—, sencillamente porque soy un hombre romántico. El movimiento, como la imaginación, me seducen por igual. Cada cierto tiempo quemo mis naves. Contra la creencia popular, desde hace cincuenta años no he tenido un solo día de descanso y, a pesar de mi tiempo entregado a la acción, hay otro yo que ausculta el pasado y el porvenir, inclinado sobre la nostalgia y el sueño. Así quedan impresos en mi poesía el amor a la naturaleza y a la mujer, el recuerdo de la infancia, el mandato de la estirpe, la presencia de la muerte,

el culto a la patria, a la religión y a la lengua. He transitado un difícil camino, amorosamente, con gentes de toda condición. He sembrado árboles, levantado moradas, luchado y convivido con bestias, he cruzado ríos, recorrido interminables llanuras, padecido los páramos, ayudado a las parturientas y a los moribundos, y aún el alba me acompaña repasando los textos preferidos, y de mi corazón, Dios y las criaturas pueden dar fe. Parodiando al Estagirita, podría decir que nada hay en mi poesía que antes no haya pasado por mi vida. Y como la vida está alentada por mi corazón, en cada diástole y sístole seguramente pasan más palabras que gotas de sangre.

Volviendo a mis poemas ahora reunidos, no acierto a retocarlos; seguramente por mi sistema de trabajo cada uno de ellos en su momento debió ser sometido al examen exhaustivo de las palabras: a la precisión en cuanto debieran significar, a la seducción fonética para la cuidadosa conducción del milagro, grande o pequeño, que se opera en el autor hasta entregarlo a la emoción receptiva de quien los pudiera leer. Es posible que todos estos intentos sean un fracaso, en todo caso es una apasionante aventura —de vida o muerte del poema— que no podemos rehusar, pues ya la tenemos pactada con el destino.

Creo que todos los poetas somos unos iluminados, tenemos una capacidad incuestionable para sacar del otro lado de los objetos opacos o de las tinieblas, formas que de otra manera no se hubieran podido conocer y las traemos de su ignorada dimensión a la luz, para llevar su evidencia a otros, cuyo espíritu las ansía, pero no habrían podido por sus propios medios ponerlas en la órbita de su visión y de su goce.

En mi vida cotidiana, como preparándome para una inminente ceguera, vivo buscando y hallando cosas entre las sombras. Cuando despierto a veces en la alta noche, mis manos se posan milagrosamente sobre la pluma o el papel. Me ufano de recorrer caminos en zig-zag entre los muebles y sin golpearme llegar hasta las puertas que me conduzcan a otra nueva oscuridad, más llena de ocultamientos y de hallazgos, donde están los libros.

*Y todo para conocer lo que está detrás de las cosas
la mejor belleza la guarda leve pelusa o
dúctil sombra*

(Parábola del Nuevo Mundo).

Todo está lleno de honduras, unas que suben a la superficie en un hervor inusitado y producen el delirio como un estado primario de la inspiración, otras afloran arremansadas pero llenas de iridiscencias entre las aguas del sueño, y nos llenan de visiones huidizas que el artista debe plasmar en el verso, en la tela, en el metal, con delicado y arduo trabajo, sin eludir la responsabilidad de su tarea, sin desear ni disecar esa criatura de misterio, llena de zumos y de vísceras, de hálitos y palpitaciones.

Hablar de la propia poesía sería correr el riesgo de explicar un poema con otro de más recónditos orígenes. Sin perder de vista que a lo mejor en nuestra obra nos quedamos a mitad del camino de un ideal y estamos sólo anunciando con aspaviento su gracia, su vitalidad, su supervivencia, cuando apenas sostenemos en nuestros brazos el cuerpo yerto de nuestra frustración.

Ahora me viene a la memoria, para poner más en evidencia la indisoluble unidad del hombre con su lengua y de cómo cada palabra es suma y espejo de su realidad antológica, esta frase escrita en otra ocasión: "Porque cada palabra soy yo mismo, y si muriera, mis palabras caerían al suelo y las gentes pondrían cruces sobre ellas".

Cada persona tiene sus palabras tan propias que son casi una entidad visceral. El herrero las heredó de su padre, junto con las manos pesadas, los poderosos pulmones, el amplio corazón. Allí están sobre el yunque, calientes, al rojo vivo. Se las podría golpear con el martillo y se oíría una canción. Y las tiene de propias el panadero y el soldado y el titiritero y el que echa a volar las campanas y el enterrador. Más por encima de todas ellas hay un firmamento de palabras que alumbrá a los pueblos, pero que el hombre inclinado sobre el surco o la máquina no alza a ver. Y por los caminos y por los ríos ruedan palabras, y por el aire y en las hojas que oscilan en caer y en los picos de las golondrinas y en las veletas de los campanarios hay palabras, que muchos sedientos de espíritu ni siquiera pueden llevar a los labios.

Yo encuentro algunas palabras, en sí tan lindas, que no me explico por qué las toman las gentes para hacer frases; me pasa como con las flores en el campo, que en cada parte donde brota una dan ganas de asirse de las manos y danzar en su derredor. Una sola palabra a veces no sobrecoge más que un libro. Decimos: Amor; decimos: Dios, y esa palabra se nos clava como una espina, y la pade-

ce mos de día y de noche en toda su herida, por nosotros y ante nosotros, sin que haya sabio en el mundo que nos pueda hacer sentir mejor su agonía.

Como hablábamos de palabras, recuerdo en un pasaje de *"El curioso impertinente"* cierta doncella juega con el abecedario, para colocar cada letra como inicial de las virtudes que adornan al enamorado de su ama. Y así, por la A, lo encuentra agradecido; por la B, bueno; por la C, Caballero, y así hasta llegar a la Z.

Yo ahora en este día del idioma, mientras parece que el mundo va a saltar de su quietud y los valores se derrumban y la historia tal vez ya no vuelva a empezar, yo, como un simple poeta, quisiera solamente ponerme a jugar con el alfabeto, detenerme a la orilla de la vida que corre y ponerme a repartir palabras a todo el que pase. Palabras para el señor de la energía nuclear y para el que toca el arpa. Para el señor que esconde su tesoro y para el que traga las espadas. Para el señor que dispone las leyes y para el ciego de la esquina. Palabras para todos, de la A a la Z. Démosle a cada uno la palabra que lo pueda salvar. Palabras para todos. Y al que parte y recomparte, démosle también su parte. Palabras como Amor. Benevolencia. Celo. Dios. Ecuanimidad. Fe. Generosidad. Humanidad. Ideal. Justicia. Libertad. Llaneza. Misericordia. Nobleza. Orden. Paz. Razón. Sabiduría. Trabajo. Unión. Valor, palabras todas que nuestro maestro Miguel de Cervantes tuvo en los labios y grabó en la vida con la punta de su alma.

Llevemos una sola de estas palabras y pongámosla como una lamparita en la mitad de tanta tiniebla, y estoy seguro de que algo habremos conseguido para la humanidad. . .

Señor Director, señores académicos, he terminado.